

—Os acompañaré, señor, replicó Alfredo resignado.

—Gracias á Dios, que al fin consigo vengas conmigo. Parece que deseas hallarte otra vez en el campamento.

—Señor.....

—Ya sabes, añadió el conde, que mi deseo es darte gusto en todo cuanto de mí dependa; no te considero como un extraño, sino como un hijo por cuya felicidad me intereso con paternal cariño. Habla, y si esta soledad te cansa, si deseas la vida de la corte, te has adquirido un nombre, con él y con mi protección serás en ella bien recibido.

—¡Oh! no, de ningún modo: estoy muy á gusto á vuestro lado, nada más deseo.

En aquel momento, y felizmente para Alfredo cuyo embarazo era cada vez mayor, sonaron las bocinas, y les avisaron que todo estaba preparado para cuando Rodolfo diera la señal de partir.

Bajaron, pues, al patio, montaron el conde y Alfredo en sus caballos, y saliendo del castillo por la puerta principal, tomaron el camino del monte.

Rosaura, asomada á una ventana saludó á los cazadores al alejarse con su pañuelo. Aquel saludo que al parecer iba dirigido á los dos, comprendió Alfredo que solo á él correspondía.

VI.

EL ARISMO.

El día estaba brillante, ni la mas ligera nubecilla empañaba el azul del cielo. Todo era vida y animación: el ruido de las voces, el sonido de las bocinas que llamaban á los monteros, los relinchos de los caballos, el aullar de las jaurías deseosas de lanzarse sobre la res, todo contribuía á dar alegría á aquel cuadro campestre. Iban delante los monteros con las jaurías, detrás marchaban el conde y Alfredo, y cerraban la marcha la comitiva de pages y palfreneros.

Nada podía distraer la imaginación de Alfredo, muy distante de los lugares que recorrían. Pensaba en Rosaura, en Rosaura, que sin duda pensaría en él, de la que se había separado dejándola con amorosa ansiedad esperando su vuelta. ¿Se volverá al castillo á la primera ocasión que para ello se le presente? Sería llevar la imprudencia hasta el extremo. ¡Oh! ¡Cuál maldice los obstáculos que pone el deber á su felicidad!

Distraído iba con estos criminales pensamientos, cuando los ladridos de los perros olfateando el rastro, anunciaron la presencia de alguna pieza en la espesura. Efectivamente, habiendo tomado de antemano los monteros las laderas del soto por donde precisamente debía pasar la res, y soltando en seguida las traillas, se presentó á los cazadores un gallardo ciervo de hermosa encornadura y ligeros pies. El conde y su sobrino picaron espuelas, y luego que el ciervo orientado emprendió la fuga, tomaron su seguimiento á toda rienda. Mas á poco trecho, Alfredo se vio obligado á detenerse para arreglar su silla que se había aflojado. Por poco que se detuviera, como los cazadores seguían al animal la pista á toda carrera, no tardó en perderlos de vista. Quedó un momento pensativo, después oyó el lejano ruido de los cazadores, y en seguida volvió á montar resueltamente, y dando grupa á los cazadores, se

dirigió al castillo. Detrás de él, y á corta distancia, una sombra le seguía deslizándose por entre las matas.

El conde Rodolfo y los demás cazadores, continuaban entretanto persiguiendo la res, saltando zanjas y barrancos, atropellándolo todo en su velocísima carrera. Ya iba á internarse el ciervo en un espeso matorral, cuando el conde le lanza su venablo, y le hiere en el cuarto trasero. El desventurado animal, haciendo frente á los perros que le perseguían, se dirigió arrastrando á una especie de laguna que estaba inmediata. Mas apenas había entrado en el agua, un segundo venablo acabó con su vida, hiriéndole en el corazón. La fama de la destreza del conde en arrojar un venablo, no quedó desmentida en aquella ocasión.

Entonces desmontaron todos, y Rodolfo que distraído con la persecución del ciervo, no había reparado en la falta de Alfredo, preguntó á los que le rodeaban, dónde estaba que no acudía allí. Ninguno lo sabía, solo sí que se había quedado atrás arreglando la silla. Comprendió entonces el conde, que cualquier accidente insignificante le habría detenido, y se procedió á continuar el pique, suponiendo que su sobrino acudiría á donde quiera que se hallasen, atraído por las voces y el ruido.

A medida que el día avanzaba, íbase cubriendo el cielo de negros nubarrones que anunciaban una tempestad próxima. El conde, alarmado con la prolongada ausencia de Alfredo, envió en su busca á los monteros y guarda-bosques. Suspendida la cacería con este motivo, esperaba Rodolfo que le trajesen noticias, cuando vió llegar corriendo y bañado en sudor á Hernán, su más fiel criado.

—¿Qué traes? ¿Ha sucedido algo á mi sobrino? le preguntó el conde sumamente afectado.

—Nada, señor, pero deseo hablaros solo. Tened la bondad de separaros conmigo corto trecho, é inmediatamente.

Fluctuando el conde entre el temor y la esperanza, se separó unos cuantos pasos de la gente que con él había quedado.

—Habla, y pronto.

—Señor, dijo Hernán, doloroso es lo que voy á deciros; pero.....

—¡Oh! di al punto, ¿no ves que me estás atormentando?

—Pues bien, señor, vuestra esposa os es infiel.

El efecto que produciría en un viajero á cuyos pies cayera un rayo en noche sombría y en lugar solitario, no puede compararse al que hicieron en el conde Rodolfo las palabras de Hernán. En el primer momento quedó anonadado; después, cuando la reacción devolvió la circulación á su sangre paralizada, tuvo intenciones de clavar en el corazón del villano, el venablo que tenía en la mano. Pero la serenidad con que Hernán permaneció en el mismo sitio sin intentar huir el golpe que le amenazaba, y por otra parte la lealtad con que siempre le había servido, eran segura garantía de que aquel hombre decía la verdad, por mas que su señor no quisiese darle crédito.

—Mira lo que dices, Hernán, repuso el conde, porque á la calumnia seguirá el castigo mas terrible.

—Cierto es lo que dije, señor, y ahora tengo que añadir, que el infame seductor es... vuestro sobrino.

—¡Maldición!... Mira, Hernán, si fuese falso lo que acabas de decirme, he de inventar para tí el género de muerte mas horroroso. Las pruebas, dame las pruebas.

Y su voz balbuceaba, y sus ojos despedían rayos.

—No tardaré en daros una irrecusable. Pero antes, decidme: ¿he faltado á la fidelidad que os debo alguna vez en mi vida?

—Verdad es, dijo el conde, pasando del furor al decaimiento; siempre me fuiste leal.

—Pues bien, con la misma lealtad obro ahora, que obré siempre. De que una casualidad puso en mis manos el secreto terrible que he creído deberos revelar, he seguido los pasos á vuestro sobrino; porque antes que nada es la honra de mi señor.

—Abrevia tu relacion, Hernan. ¿No ves que me estás matando?

—Oidme, señor. Un día que vuestra esposa y sobrino salieron á pasear por el bosque, Rui y yo nos quedamos un poco atras. Distruidos con nuestra conversacion, no observamos que les habíamos perdido de vista, de modo que cuando quisimos recordar, nos habíamos quedado solos. Como era fácil encontrarlos por la direccion que habian llevado, no nos apresuramos, antes al contrario, desmontamos sabiendo habian de volver por allí, y nos sentamos sobre el césped. Tuve necesidad de separarme de mi compañero....

—Teme mi ira, Hernan, acaba pronto....

—Señor, primero oí hablar cerca de mí, y conocí por la voz á vuestro sobrino. Escuché... eran palabras de amor... vuestra deshonra era cierta.

—Pero ¿y las pruebas? dámelas ó te quito la vida.

—Poco vale, señor, y ojalá pudiera con ella rescatar vuestra honra. Pues bien, entonces no os di de ello aviso, porque no tenia el medio de probároslo; pero desde aquel día vigilé á los dos, esperando una ocasion para poder descubrirlos todo... y hoy la encontré. Hé aqui lo que ha pasado; vuestro sobrino, buscando un pretexto para separarse de vos, se ha alejado en cuanto ha podido, y ahora... está en el castillo. Allí los teneis, le he seguido, le he visto dirigirse á las habitaciones de vuestra esposa; y aquí está la llave de la poterna para si quereis entrar sin ser visto, para cercioraros por el testimonio de vuestros ojos.

—Hernan, ven conmigo: la existencia que se arrastra en la deshonra, es insuportable. Es preciso que yo adquiera inmediatamente la certeza de lo que me has dicho.

Y ambos emprendieron precipitadamente la vuelta al castillo.

VII.

ESPIACION.

Gruesas gotas se desprendían de las cenicientas nubes que oscurecían el cielo. Relámpagos frecuentes iluminaban el espacio, y el trueno retumbaba en la concavidad de los barrancos. Habiendo aumentado la lluvia extraordinariamente, torrentes impetuosos bramaban con furor. La noche se aumentaba con terribles auspicios. Enmedio de la oscuridad se destacaba sombrío como un negro fantasma, de formas confusas, el castillo de Rodolfo, iluminado á intervalos por el relámpago que precedía al fragoso trueno, ó por el fatídico resplandor del rayo fugaz y asolador, que rasgaba la nube.

Dos sombras de forma humana se adelantaban silenciosas á todo el correr de sus corceles, sin temor á la oscuridad ni á la furia de los torrentes impetuosos; y deteniéndose junto á un ángulo situado en la parte norte del castillo, sacó el uno una llave, y abrió una poterna oculta en la roca. Tras aquella poterna desaparecieron las dos sombras, y la puerta se cerró. Subieron por una escalera estrecha y tortuosa, atravesaron una larga galería que se encontraba al terminar aquella, y por último entraron en un gabinete circular. Aproximóse Rodolfo á una puerta oculta tras los tapices que revestían las paredes del gabinete, y palpitándole su corazón cual si quisiese saltársele del pecho, aplicó primero el oído, y miró despues por un agujero imperceptible. En seguida cogió á Hernan por el brazo con mano convulsiva, y conduciéndole á su habitacion que estaba inmediata, sacó de una gabela una bolsa llena de monedas de oro, y dirigiéndole miradas que hicieron bajar los ojos al intrépido y fiel criado:

—Hernan, le dijo, ahí tienes con qué sustentarte mientras vivas; ahora, marcha....

—Señor, ¿hice mal en obrar así, pues que despedís á vuestro Hernan?

—Te aseguro tu subsistencia, no te cuides de lo demas... Marcha, ó tiembla de haber sido testigo de mi afrenta.

Y pasando del furor á la bondad, cual si su razon fuera presa de sentimientos encontrados:

—Mañana, añadió, recordarás á tu señor, y orarás por su alma. Ahora, auséntate inmediatamente del castillo, y no vuelvas la cabeza á mirar atras.

Acostumbrado Hernan á obedecer ciegamente á su señor, cogió la bolsa que éste le daba, y salió del castillo por la poterna por donde habian entrado.

Rodolfo examinó detenidamente su daga con diabólico placer, y volvió al gabinete circular, que como se habrá conocido estaba inmediato á la alcoba de Rosaura. Miró otra vez, crispáronse sus puños, rechinaron sus dientes, se pasó la mano por la frente bañada en sudor, y con sumo cuidado tocó á un resorte oculto en la pared. La puerta se abrió rechinando levemente. Rodolfo oyó un suspiro suave, voluptuoso, semejante al quejido de la brisa. Tenia su daga levantada para herir... y no heria. ¡Ah! luchaba con los recuerdos de otro tiempo no muy lejano, con los sentimientos de su corazón: allí su sobrino Alfredo, á quien habia querido con el amor de padre, por cuyo porvenir se habia desvelado... Mas precisamente eso mismo, ¿no debe precipitar su venganza? Sí, podrá cegarle el furor, pero la razon está de su parte. Oyó una voz interior que le instiga, le acosa, le incita á que hiera de muerte... y hiere: la estancia es iluminada en aquel momento por un rayo que la atraviesa.

Al mismo tiempo se oyen dos gemidos cortados, á los que contesta una maldicion. Dos almas encenagadas en impuros placeres, se han despedido de la vida, una conciencia atormentada por el doble crimen que acaba de cometer, se prepara á la muerte.

Un rumor extraño se esparce por el castillo. Aquel rumor es seguido de la voz de «fuego, fuego!» que por todas partes resuena, y el tumulto, la confusion, los gritos de los que huyen para salvarse y librar lo que les sea posible de las devoradoras llamas, convierte aquella mansion antes tan pacífica, en un horrible pandemonium.

Las llamas se extienden rápidamente, y los habitantes del castillo ya en salvo, ven desprovistos ir desapareciendo su hospitalaria vivienda. La ansiedad se retrata en todos los semblantes, nadie sabe la suerte de los señores. De repente, y cuando ya solo quedaba la torre principal, que las llamas no hubiesen consumido, vióse aparecer un fantasma en lo mas alto de sus almenas, y arrojarse en medio del incendio pronunciando en el aire horrorosa imprecación.

El terror enmudeció todas las bocas; aquella aparición era el conde Rodolfo.

CONCLUSION.

—Ahora bien, hijos míos, añadió el anciano, cuéntase que Hernan, arrepentido de haber provocado aquella terrible venganza, de tan funestos resultados para los culpables como para su señor, fundó una capilla, que hoy ya no existe, en el sitio donde estuvo el castillo, y al pié del barranco y la cruz que vemos en la actualidad, para que recordara al viagero que tuviese conocimiento de aquella trágica historia, los efectos de una pasión no contenida. El mismo Hernan fué santero de la capilla, y la cruz recibió en el país el título de la *Cruz de fuego*.

ALEJANDRO GONZALEZ.

ESTUDIOS ARTISTICOS.

EL ENTIERRO.

CUADRO DE LEOPOLDO ROBERT.

Bajo el cielo de la Italia ha encontrado el pintor sus inspiraciones; y en medio de las campiñas de Roma ha formado uno de esos dramas sencillos é interesantes de la naturaleza, de esos que su pincel representa con una suavidad, una pureza y una corrección virgilianas. La muerte ha herido al gefe de una familia de aldeanos; y ha escogido el pintor el momento fatal en que van á sacar el cadáver del techo paterno. El anciano padre, ciego, la muger del difunto, su jóven hijo, su jóven hija, ocupan el primer término, agrupados con esa vida que es uno de los rasgos distintivos del talento de Robert. Variada sobre cada una de estas figuras, segun la edad y el sexo, se ve la expresión no vulgar del dolor. Aquellos oscuros aldeanos en su pobre cabaña, padecen y lloran con toda la nobleza y la dignidad de los romanos de la historia. Nada, sin embargo, de convencional y amanerado debilita la verdad de la escena, ó hiela el interés; y se conoce que la fisonomía elevada de los personajes, no es una máscara que les ha impuesto el artista tomándola de las tradiciones clásicas. El pedazo de pan medio comido que el muchacho tiene en la mano, y á el que acaba de hincar el diente, en el que va á hincarle todavía cuando pase la dolorosa crisis, es un detalle espiritual, y lleno de una observación exacta y conocedora de los pesares de la infancia.

En segundo término, están reunidas algunas figuras, que aumentan todavía, al color local que reina en toda la obra, grande interés. El entierro, dispuesto á ponerse en marcha, y sobre el que se ve el rostro del muerto descubierto á lo antiguo, está formado por monges pertenecientes á la cofradía de los penitentes negros, que se consagran en Roma á las funciones mas lúgubres de la caridad cristiana. El fondo de este cuadro de luto, que acabamos de describir, está lleno por aquellos religiosos envueltos en

sus túnicas negras con caperuzas, en los que sobresalen por su blancura las insignias de la muerte.

Cuando un artista ha obtenido la celebridad de que goza Leopoldo Robert, el público quiere sobre su persona detalles que no encuentra desde luego sino difícilmente. Nosotros podemos en esta ocasión darle algunos; y hemos querido comenzar antes nuestro artículo, para dar á conocer primero una de las obras que mas honran al moderno pintor. Ya algunos meses antes en el *Museo de las Familias* hemos dado el cuadro de los *Segadores*.

Leopoldo Robert, nació en Chaux-de-Fonds, aldea del canton de Neuchâtel, en Suiza, en el mes de enero de 1794. La profesión de su padre era la relojería. En 1810 el jóven Leopoldo fué llevado á Paris por Mr. Girardet, autor de excelentes grabados, quien le habia conocido desde su niñez y descubierto en él una vocación para el arte del dibujo. Girardet fue su primer maestro en el grabado en madera, y tales fueron los progresos del discípulo, que en 1814 consiguió el segundo premio del grabado en el concurso de Roma. Para juzgar de la fuerza de aquel concurso, bástanos recordar que el primer premio lo consiguió Mr. Forster, que despues se ha colocado en la categoría de los mas hábiles grabadores de la Francia. Frecuentaba en aquella época, Leopoldo Robert, el estudio de David, en el que adquirió aquel gusto de dibujo noble y puro que no entra por poco hoy en la justa admiración que escitan sus cuadros. Incontestablemente fué un grande honor para el jóven artista, porque á pesar de su intención de consagrarse esclusivamente al grabado, las circunstancias vinieron á hacerle cambiar de propósito, y á dejar el buril por el pincel.

Habia cesado de reinar en Francia, y dominar la Europa Napoleon I. Bajo el gobierno de los Borbones, Leopoldo Robert habia concurrido segunda vez á disputar el primer premio del grabado: no pudo, por último, esponder su trabajo, y fué eliminado del concurso de oposición como extranjero. Determinado Roberto á hacerse pintor, continuó estudiando con David, hasta el momento en que la reacción de 1815 obligó á su maestro á emigrar de Francia. En 1816 volvió á ver la Suiza, y allí se dió á conocer por

muchos retratos muy notables; y recibió de un amigo de las artes, con el que trató de corresponder cuando le sonrió la fortuna, los medios de ir á estudiar á Roma. Allí permaneció ignorado y oscurecido durante algunos años; enteramente ocupado en su trabajo. Por último, las esquisitas producciones que salieron de su hábil pincel, le saca-

ron de la oscuridad, y se vió abrumado con encargos de obras.

Desde 1822, Leopoldo Robert presentó en la esposicion del Louvre muchos cuadros, entre los cuales se distingue *Corina improvisando en el cabo de Miseno*, y una *Vista de las montañas de Terracina*. En 1824 se vieron los grandes



El entierro de un pobre.—Cuadro de Leopoldo Robert.

progresos de su pincel en el *Marinero napolitano improvisador* y en los *Peregrinos descansando en una llanura de Roma*: pero sobre todo en la esposicion de 1827, brilló su excelente cuadro que representa la *vuelta de la fiesta de la Madona del Arco cerca de Nápoles*. Este cuadro, en efecto, fué de los que mas contribuyeron á su justísima celebridad.

Se aumentó, esta, cuando en el año de 1831 presentó el cuadro de *los Segadores*, cuadro digno de los mas grandes elogios, y que valió al artista la cruz de la legion de honor. El rey de Francia, Luis Felipe, habia comprado el cuadro de los Segadores con mucha ventaja anticipadamente, al muy módico precio de 32,000 reales.

Hasta entonces Roma y Nápoles habían estado, por decirlo así, en posesión de suministrar á Leopoldo Robert los asuntos de sus composiciones. Después de la esposición de 1834, se fué de París á Venecia, para estudiar trages, perspectivas, y nuevos personajes. Hizose habitante de una aldeita á orillas del Adriático, y allí ha pintado ese

hermoso cuadro de *Salida para la pesca á larga distancia*, en que la superioridad del talento del autor brilla toda entera en la expresion de los rostros de las figuras, así como en el carácter de grandeza, de fuerza y de belleza que ha sabido imprimirlas.

FACUNDO MIGUEZ.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

LOS DUELOS DE IPRES.

¡ Valor de tigre ! ¡ Valor de pantera !
EL MARQUÉS DE BEAUFORT.

La ciudad de Ipres, como la mayor parte de las antiguas ciudades, tuvo tambien en otro tiempo su esplendor; parece que aun en el siglo XII era la mas importante y la mas poblada entre las ciudades de los Países Bajos. Su grandeza era entonces el fruto de una gran industria, mas grande que la suponemos hoy, nosotros, que tan poco conocemos la edad media, y tan mal los tiempos antiguos. En un documento auténtico del mes de junio de 1246, conservado en los archivos de Ipres, se ve que esta ciudad contaba entonces una poblacion de doscientas mil almas. Ninguna ciudad de los Países Bajos, á escepcion de Amsterdam, puede rivalizar en nuestros dias con tal cifra.

En la época que pasa la accion que vamos á referir, Ipres no habia llegado todavia á ese grado de engrandecimiento. Pero aumentaba de dia en dia.

Era el 15 de octubre del año 1446. En una sala entapizada con cueros de Oriente, adornada de arabescos de oro y de trofeos de armas, que era la sala de honor del castillo de Ipres, se veia de pie arrimado á una ventana ojival, un hombre robusto, alto de seis pies, inclinado hacia adelante y apoyando la mano derecha sobre una mesa redonda, maciza, de nogal negro.

Este hombre tenia largos cabellos castaños que caian en bucles sobre sus espaldas, una barba roja muy peinada, un tinte pronunciado y ojos ardientes. Era bello; pero toda su figura tenia las señales de una estraña severidad. Debía ser justo, pero implacable; y se observaba que sus labios no estaban acostumbrados á sonreirse. Un vasto manto escarlata, de una sola pieza, sin cuello y sin valona, le cubria enteramente por detrás, ceñido alrededor del cuello por dos presillas anchas que figuraban dos hachas de armas. Una verdadera hacha, de treinta libras de peso, pendia de su cinturón de cuero oscuro. Un jubon de lana blanca le cubria el pecho y el talle cayendo sobre sus rodillas. No se veia si tenia pantalón ó calzones; botas de cuero negro, sembradas de figuritas de plata, envolvian sus pies y piernas. Escuchaba con un aire preocupado, distraído con lo que pasaba delante de él, por el interés que parecia tener en una horca que se levantaba á algunos pasos del castillo, y que se veia muy bien desde la ventana. Este hombre era el conde de Flandes, Bandouin VII, llamado

Bandouin el de la Hacha, el cual tenia mucho afecto á su buena ciudad de Ipres.

Delante de él se veia una jóven de veinte años, fresca y bella, pero llorosa. Estaba vestida de una larga túnica de hilo blanco; sus bellos cabellos rubios estaban tendidos hacia atrás en su cabeza; suplicaba y estendia las manos, manteniéndose de rodillas hasta que hubiese obtenido respuesta favorable á sus súplicas. Era Helly Moreel, hija de un rico comerciante de paños de Ipres. Dos jóvenes rivales la hacian la corte: el uno, noble y bello, Justo Goethals de Courtrai, habia cautivado su corazón; el otro, Andrés Boren de Ipres, la amaba sin ser amado. Este último, era un hombre pequeño, de treinta años, vendedor de pescado, lleno de un gran orgullo, porque poseia una buena fortuna. Pero tenia la nariz torcida, y el color de sus cabellos daba de lejos á su cabeza el aspecto de una amapola marchita. Era perverso, como lo suelen ser los hombres heridos á la vez de vanidad y de fealdad. Nervioso y fuerte, ejercitado en la esgrima, era pendenciero. Admirador de su rico traje de piel de gamo con lentejuelas de plata, y de su gorra de piel de liebre realzada con una garzota de oro, se creia hermoso y hecho para agradar. Este hombre, lleno de vicios, y á quien nadie podia escusar, si hay algo que pueda escusar el vicio, aun hacia gala de sus malas costumbres, se burlaba de las cosas religiosas, hacia rechifla de la virtud, y creia seducir por esa deletérea malicia que corroe, y que los hombres estúpidos se han convenido en llamar imaginación. Al cabo de un año que empleó en intentar ganar el corazón de Helly, el alma pura y cándida de la jóven doncella no habia visto en sus facciones mas que un monstruo, y en su carácter un demonio. Apesar de todo, pidió la mano de Helly.

El padre de esta doncella, el honrado Pablo Moreel, era de esos hombres que idolatran á su hija hasta el punto de darle absolutamente la eleccion de un marido. Respondió á Andrés Boren que le tendria por yerno, si era del agrado de su hija; y al punto fue á consultarla. Entonces la jóven ipresa se declaró; hizo conocer su profunda antipatía hacia el hombrecillo hinchado, de cabellos rojos, y al mismo tiempo confesó su amor á Justo Goethals. El padre aprobó esta eleccion, y dió gracias politicamente á Andrés, quien poniéndose furioso, echó en cara á su rival haberle suplantado villanamente en el corazón de Helly. Este hombre que no creia en las verdades de la religion, cayó por un exceso contrario bastante comun, en las ideas supersticiosas: —acusó á Goethals de haber hechizado á Helly; con una especie de demencia fué á encontrarles

y le propuso un duelo, según la antigua costumbre, siem-
pre en vigor entre los flamencos.

—O si rehusais combatir, dijo, os purgareis por la prueba
del fuego, de la acusación de magia que formulo contra vos.

—El combate, respondió Justo Goethals, es el juicio de
Dios; yo debo aceptarle.

El día de la pelea había sido fijado para el 18 de octu-
bre. Se pidió permiso para la liza á Bandouin VII, el cual
lo concedió. El duelo debía tener lugar en el patio del casti-
llo de los condes, y el vencido debía ser ahorcado en el
patíbulo que se veía desde la ventana.

Cuando Bandouin el de la Hacha, oyó la relación de las
circunstancias que acabamos de esponer, reflexionó pro-
fundamente:

—Aquí no hay mas que un culpable, se dijo andando á
grandes pasos; y la suerte del combate puede equivocarse.

Luego recordó todos los duelos que con frecuencia des-
solaban la ciudad de Ipres, disputas de todos los días que
se terminaban por la espada; pensó en el incierto resulta-
do de la mayor parte de ellos; reconoció que generalmente
solo la fuerza constituía el derecho, y deteniéndose delan-
te de la joven doncella, la tomó la mano y la levantó:

—Tranquilizaos, hija mia, la dijo; os casareis con Justo
Goethals.

Conociase á Bandouin de la Hacha; se sabía con qué
exactitud y rapidez hacia á todos una severa justicia, con
qué cuidado proveía á la falta de leyes, improvisando pre-
cisas ordenanzas; y aunque no pudiese impedir un duelo,
que estaba en las costumbres, aunque no pudiese con su
poderosa voluntad, desarraigar un uso del que en vano se
quejaba, Helly se tranquilizó completamente; se volvió á
la casa de su padre, felicitándose en secreto del valor que
había tenido para dirigirse al conde.

El siguiente día se pasó sin que nada viniese á confir-
mar la promesa de Bandouin, y la joven doncella no se in-
quietó. El 17 de octubre, el heraldo del príncipe recorrió
las plazas y calles de la ciudad, precedido de dos trompe-
tas, y proclamó en todas las encrucijadas una ley especial
ó privilegio concedido por Bandouin á los ciudadanos de
Ipres, la cual ordenaba formalmente, que á partir desde
aquel día, y para prevenir el abuso de los duelos capricho-
sos, ningún habitante ó ciudadano del país, podría llamar
á su adversario á la liza, fuese para combatir en campo
cerrado, ó para justificarse por las pruebas del fuego, del
hierro caliente, ó del agua hirviendo, sin ser acompañado
de cinco de sus compañeros ó amigos, decididos á correr
con él la aventura de la querrela. El adversario debía ser
sostenido igualmente por otros cinco.

Esta medida fué acogida por los aplausos del público;
ofrecía una garantía contra los combates judiciales. Un ar-
rebatado ó un loco, decía, no encontrará siempre cinco
furiosos resueltos á hacerse matar con él y arriesgar su
cabeza en el cadalso.

Desde que Andrés Boren conoció la ordenanza de Ban-
douin de la Hacha, experimentó una sensación desagradable:
conocía que iba á embarazarle. En efecto, á la mañana si-
guiente, Justo Goethals, á quien todo el mundo quería, se
presentó antes de la hora con cinco de sus amigos que ha-
bían abrazado su causa con calor. Pero Boren fue menos
feliz. Avanzaba la hora. Si no se presentaba al medio día,
él que había sido el retador, quedaba deshonorado y no po-

dría ya entrar en el palenque sin ser espulsado de él con
un manoplazo en cada mejilla.

Dió la hora del medio día porque había ya en la torre
de Ipres un reloj, ó á lo menos el vigía, guiado por un cua-
drante solar, ó por un reloj de arena, daba las horas tocan-
do la campana pública. Sonó la hora del medio día, y An-
drés no pareció aunque el juez del campo le llamó tres
veces. Al punto los compañeros de Justo, habiéndole feli-
citado, se dispersaron para ir á sus negocios. Pero no habían
pasado cinco minutos desde que se habían alejado y el mis-
mo Justo Goethals retirado, cuando pareció al fin Boren
con cinco hombres armados. Se excusó de la tardanza con
el poco tiempo que le había dejado la medida tomada por
el conde.

—Todo el mundo se levanta al instante por una causa
justa, respondió Goethals; la hora ha pasado y mis cam-
peones han partido.

—Y á vos no os incomoda eso, replicó Andrés con inso-
lencia.

El rostro del joven se enardecía.

—Si monseñor el conde de Flandes quisiera permitirlo,
replicó volviéndose hacia la ventana en que se veía á Ban-
douin de la Hacha, os volvería al cuerpo vuestra slocas pa-
labras, Boren.

—Las leyes son santas, dijo el conde de Flandes; y yo
mismo debo sujetarme á ellas; pero yo puedo volveros
vuestros campeones. A mí cuatro caballeros; y un momen-
to despues, el temible Bandouin y cuatro de sus mas bra-
vos señores se colocaban á uno y otro lado de Justo, confu-
so de tal honor.

A su aspecto, se pusieron á temblar con todo su cuerpo
los cinco compañeros de Andrés; sabían la inaudita fuerza
del conde; era una muerte segura lo que veían delante de
ellos. Despues de algunos minutos de palidez y de espanto
como si su resolución hubiese sido unánime, los cinco cam-
peones arrojaron las armas y emprendieron la fuga.

—El acusador que abandona la liza, es culpable, dijo
friamente Bandouin. Que se haga justicia.

Uno de los caballeros de su acompañamiento se apode-
ró de Andrés Boren, lo llevó al pie de la horca, le puso la
cuerda al cuello, y en seguida la elevó en el aire diciendo:

—Justicia está hecha.

Esta espantosa justicia afectó á los numerosos asis-
tentes.

—¡Gran Dios! decían los jóvenes ipreses, ¡ya nadie se
podrá batir!

—Eso es lo que queremos, dijo el conde.

Y volvió á entrarse tranquilo en el castillo, mientras el
hombrecillo rojo exhalaba su último suspiro.

Justo Goethals había quedado él mismo tan vivamente
afectado, con toda aquella escena, que su lengua, pegada al
paladar, no podía espresar ningún sonido. Corrió á casa de
Helly, que no aguardaba tan gran satisfacción y que no
pudo evitar derramar lágrimas al saber lo extraño del trá-
gico desenlace. Pero muy pronto se olvidó el desastre de
sus enemigos. Pocos días despues se casó con su amado
Justo; y durante mas de un año no se vió ya ningún duelo
público en Ipres, en esta ciudad en que, antes de la procla-
mación hecha en 17 de octubre de 1446, se deploraban co-
munmente todos los días.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

EL PELICANO.

Después del albatros, que tiene el cuerpo mas grueso, y del flamante cuyas piernas son mucho mas altas, el pelicano es el ave mas grande de las de agua. Sobrepuja en grueso al cisne: tiene seis pies cuando ha llegado á todo su desarrollo desde la punta del pico al extremo de la cola, y estendidas sus alas tienen doce pies de envergadura. Cenicienta en los pelícanos polluelos, la pluma en todo su crecimiento se vuelve en general de un blanco matizado de rosa sobre el que se destaca fuertemente el brillante negro de las plumas largas de la cola. Es notable particularmente la cabeza, tanto por su forma, cuanto por el modo con que se halla pintada. La frente y la parte superior del cuello, están revestidas de una pelusilla corta y fina, que prolongándose sobre la nuca cae en forma de pompon. La piel desnuda de las sienes y de alrededor de los ojos es de color de carne. El pico derecho, aplastado, tiene pie y medio de largo, y una pulgada y media cerca de ancho: la mandíbula superior, terminada en una especie de gancho ó garabato, es amarilla en su centro, rojiza en las orillas: la mandíbula inferior se halla dividida en dos brazos que se reunen en la punta, y de los que está suspendida una membrana desnuda, de un amarillo claro, formando una bolsa, y profundamente arrugada por pliegues. Esta bolsa es el carácter mas distintivo del pelicano; por ella ha atraído sobre todo la atención de los observadores. Poco saliente en el estado de descanso, adquiere esta membrana cuando funciona un extraordinario desarrollo. Cuando el pelicano la ha dilatado y estendido en todo su poder, puede recibir hasta veinte cuartillos de agua, y contener bastante pescado para proveer á seis hombres de una abundante comida. Este almacén, es tanto mas precioso, cuanto que colocado allí en reserva y fuera de toda acción digestiva, el agua y el alimento se conservan con perfecta frescura. Compréndese que cuando el saco está lleno, aquel apéndice, que el pelicano lleva así atado y colgado bajo su cuello, le da una fisonomía extraordinaria; empero en los momentos en que se halla vacía la alforja y por consecuencia plegada, el aspecto del pájaro, á pesar de lo desmesurado de su pico, es bastante grato, sobre todo si se le mira nadando ó volando; porque así como los cisnes, los gansos, los patos, y casi todos los miembros de la familia de los palmípedos, el pelicano está muy lejos de cederles en el ejercicio de andar.

La posibilidad que le ha sido concedida de hacer provisiones, ha influido sobre las costumbres del pelicano, y su vida se divide en alternativas de un trabajo muy activo, y de un descanso completo, durante el cual, saborea el fruto de sus afanes. Por la mañana se pone á cazar, ó mas bien á pescar: meciéndose sobre sus poderosas alas, es-

plora rápidamente una vasta estension de agua, manteniéndose á una mediana elevación: cuando su penetrante ojo ha descubierto algun pescado nadando en la superficie de las olas, se detiene, se cierne en el aire para atraer la atención de su víctima; se baja insensiblemente; después, cayendo de pronto como una maza, agita el agua con sus alas, la hace hervir, y el pescado se encuentra en el saco antes de haber podido volver de su asombro y de su terror. El pelicano que no da alimento ninguno á su apetito, en tanto que no ha hecho la provision cotidiana, se pone inmediatamente á acechar y buscar otra presa. Si llegan á encontrarse muchos pescadores conciertan sus operaciones, y entonces cambian de método: después de haber encontrado un banco de pescado, forman alrededor un círculo en que lo encierran nadando, y lo estrechan poco á poco, hasta que les parece que están bastante juntos los peces: entonces á una señal dada, todas las alas baten á la vez el agua, y cada uno trabaja con su pico en medio de la tropa que nada acá y allá en tumulto y en desorden. Cuando la bolsa está suficientemente guarnecida, toma el pelicano directamente su vuelo hacia la roca mas inmediata sin dejarse distraer por nada en el camino: porque es tan poco cómoda de llevar su carga, que para aliviar el cuello se ve obligado á encogerle y echarle cuanto le es posible á la espalda, mientras que al mismo tiempo echa la cabeza atrás. Llegado á su punto, el pelicano, se coloca ante todo de modo que pueda apoyar la estremidad de su pico sobre alguna roca á fin de no tenerle que sostener: después, una vez colocado cómodamente, entra engoces comiendo y durmiendo alternativamente ó al mismo tiempo, hasta que se halla vacío el saco. Todo el día se halla en este estado de feliz y perfecta tranquilidad; y solo hacia la noche el precioso pájaro sale de su letargo para ir á buscar su cena. Esta segunda pesca pronto la hace, porque es la hora en que el pescado sube y tiene mas afición á presentarse en la superficie del agua: y sin embargo, algunas veces cuando no le aprieta el hambre, el pelicano mejor quiere acostarse sin cenar, que dejar un sitio en donde se encuentra bien: tanto le cuesta y tan penoso es para él el movimiento.

Pero le es preciso, de grado ó por fuerza, romper estas dulces costumbres de muelle indolencia cuando es padre de familia, y tiene por consecuencia muchos estómagos que llenar. Entonces consagra todo su tiempo á pescar, ya para él, ya para sus polluelos, á los que da su pasto apretando su saco lleno contra su pecho, y haciendo pasar así las provisiones desde el depósito á su pico. Fuera de estos casos de actividad escepcional, la vida del pelicano, dice un antiguo historiador con lenguaje sencillo, se divide en tres tiempos: 1.º en buscar su alimento; 2.º en dormir y en comer; 3.º en hacer á cada momento un montón de basuras anchas como la mano, y puede añadirse tambien, en dar de tiempo en tiempo gritos semejantes al rebuzno de un asno.

Una vida así reasumida, no ofrece nada de poético, y se ve que sin ningún título se ha hecho y erigido un símbolo emblemático de la abnegación maternal á esta ave tan material en sus instintos. La posición que toma para descupar el pasto que tiene en el depósito, y pasarlo á su pico para darlo á sus polluelos, ha sido únicamente el origen de esa fábula tradicional de que, el pelicano se destroza el pecho para alimentar con su sangre á sus hijos.

La prohibición hecha por la ley judía de comer la carne del pelicano, reputada inmunda, parece superflua; por-

que su carne es aceitos, y de un gusto y de un olor desagradables.

Este pájaro no es enteramente inútil: los chinos y diferentes pueblos de la América, los amanjan y los enseñan á pescar por su cuenta. Visitan el saco al volver el pescador, y no le dejan sino algunos pececillos para obligarle por el hambre á volver sin cesar al trabajo. Pesada y dura debe ser esta condición para el desgraciado pelicano, á quien hemos visto perezoso con delicia. Así utilizada durante la vida del pájaro la bolsa, es mas buscada todavía



El pelicano.

después de su muerte. Los salvajes se hacen con ellas gorros impermeables, y los marinos *blagas* ó bolsas para poner el tabaco al abrigo de la humedad: los egipcios de las orillas del Nilo, por último, conservando los huesos de la quijada, se sirven de todo el aparato á manera de profunda paleta, para arrojar el agua que entra en sus embarcaciones. El pelicano ha sido llamado entre ellos el *camello del río*, por alusión á la facultad que posee de llevar consigo al través de los aires su provision de agua fresca.

Difundido y desparramado en las cuatro partes del globo, el pelicano parece preferir sin embargo las latitudes cálidas. Es bastante poco común en Europa para ser admitido á título de forastero en las casas de fieras y de animales, mientras que en las Antillas hay tal abundancia de ellos, que en otro tiempo se iba á cazar pelicanos para extraer de ellos el aceite.

JUAN CABELLOS.